

853
A.



PQ4683
A3
C3
V.1
1910

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD DE LA
CASA EDITORIAL MAUCCI
DE BARCELONA

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina TIPOGRAPH.—Barcelona.



LA CARROZZA DI TUTTI

(UNA NOVELA EN TRANVÍA)

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPITULO PRIMERO

Enero.

Era el día de Año Nuevo de 1896. Tomé por la mañana el tranvía de la carrera Vinzaglio, en la calle de Roma. Durante todo el trayecto que media hasta la calle Garibaldi hubo un continuo subir y bajar de señoras y caballeros, que parecían haberse dado cita en el carruaje, pues así en el interior como en la plataforma, al entrar y salir, era un continuo cambio de saludos, de reverencias, de sombreros que se quitan y de manos agitadas amigablemente como en una sala de recepción. En mitad de la calle Garibaldi, advertí en el interior del tranvía una escena curiosa. Sentada en el centro de uno de los bancos, había una aldeana robusta, con pañuelo de color á la cabeza y un gran lío de trapos sobre la falda; enfrente de ella, una muchacha del pueblo, con la cabeza descubierta y el pelo corto, pobrememente vestida y con la cara no muy aseada; á los lados de una y otra, señoras y señoritas elegan-

tísimas, emperifolladas y perfumadas de tal modo, que al abrirse la puerta despedían al exterior un soplo tan oloroso como el que sale de las perfumerías. Me maravillé de no haberme fijado jamás en esos contrastes sociales, que tan frecuentes son, sin embargo, en estos carruajes, en los cuales, no habiendo separación de clases, puede ocurrir, y ocurre, que por unos momentos gente de la plebe se halla en contacto con la que representa en el mundo lo más granado de la sociedad, y en condiciones apropiadas para examinarla á voluntad y escuchar su conversación. Observé entonces curiosamente la atención viva y continua con que la aldeana y la muchacha examinaban á sus elegantes vecinas, desde las flores de los sombreros, á los broches dorados de los guantes, comiéndose, por decirlo así, con los ojos, las prendas de los trajes, el color y forma de los abrigos de pieles, el portamonedas de una, el devocionario de otra, su modo de levantarse y sentarse, sus más insignificantes movimientos y hasta los pliegues de su vestido; atención seria, persistente, escrutadora, como si tuvieran delante de sí criaturas llovidas del otro mundo. De aquella observación brotó como un rayo en mi mente. Busqué y encontré en mi imaginación otras escenas parecidas, pero diversas, y de una significación profunda; volvieron á mi memoria conversaciones, encuentros, gestos, miradas, nimias aventuras, alegres y tristes, que no pueden ocurrir sino en aquel carruaje democrático, donde continuamente se confunden y están en contacto todas las clases sociales; desfiló ante mí un cortejo de personajes que conocía y recordaba por haber hecho algunos «viajes» en su compañía, con quienes jamás había cruzado la palabra sino en la plataforma, y que formaban para mí como una familia aparte de los otros pasajeros; y de

tal manera me dominó aquel orden de ideas, que interiormente lancé una exclamación que por poco dejan escapar mis labios:—¡Eso es! Un estudio, un libro... «¡El coche de todos!»

*
*
*

Al día siguiente, esa idea se complicó. Repasando mentalmente los personajes que más relieve tenían en mi imaginación, fijéme en dos de ellos, acerca de los cuales estuve tentado de escribir una novela. Eran un joven y una muchacha. A ésta, que debía habitar en el arrabal de San Donato, la veía en el tranvía de la línea del Martinetto, al hacer el primer viaje, á las siete y media de la mañana, desde la plaza del Estatuto, al centro de Turín. El joven tomaba diariamente el mismo coche en la esquina de la calle de Siccardi. La muchacha se sentaba casi siempre en el ángulo de la derecha, junto á la plataforma delantera; él, cuando podía, acomodábase siempre enfrente ó á su lado. Ambos eran de baja estatura, flacuchos, enfermizos y vestidos pobremente, aunque aseados; infelices cuya juventud sólo consiste en la fecha de su nacimiento y que mueven á piedad, porque á la legua se advierte que tienen conciencia de su miseria física y que se avergüenzan de ella. El joven tenía uno de los ojos cerrado, un rostro que evocaba la idea de una infancia perseguida, y expresaba la resignación del que ya se ha conaturalizado con la pobreza, los dolores y las humillaciones: de la muchacha habría afirmado, no sé por qué, que era huérfana desde muy niña

y que había estado muchos años sometida á la tiranía de una madrastra. Pálida, demacrada, tenía las facciones irregulares, harto grande y picada la nariz, y la barba de viejecita: la naturaleza sólo le había dado unos ojos hermosos y de suave mirar: su juventud y su sexo se resumían en aquellos ojos, la sola cosa que tuviera para obtener alguna vez de sus semejantes una mirada de simpatía. El era quizás un escribiente, un mísero empleado sin porvenir; ella, una maestra de algún asilo, ó aya de algún colegio de niñas. Desde la primera vez que los vi, me había impresionado la seriedad, la dignidad sencilla y triste de su continente. La muchacha bajaba siempre en la plaza del Castillo; el joven continuaba por la calle del Po. Cuando subía él, se saludaban con una sonrisa casi imperceptible; cuando bajaba ella, se saludaban sin sonreír; pero el joven sacaba la cabeza por la ventanilla para asegurarse de que había bajado sin tropiezo. Cambiaban pocas palabras y se miraban rara vez. Cosa singular: casi á nadie miraban tampoco; oficiales galoneados de oro, señoras elegantes, cualquiera que entrase, no les merecía sino una ojeada distraída y sin expresión; diríase que miraban una sombra que no les evocaba ningún pensamiento. Claramente se advertía que entre ellos había algo irrevocablemente decidido; que no podía tratarse de amoríos, sino de una promesa de matrimonio; que eran dos vidas ya ligadas, y se adivinaba que por entonces no tenían otra ocasión de estar en compañía que en aquel coche público.

Conmovíame el amor de aquellos dos pobres seres tan maltratados por la naturaleza y por la fortuna, tan humildes y desdichados, que se habían alargado la mano y héchose el dón de su simpatía por mutua piedad. Pensaba que, sin ha-

blar, se habían dicho:—«¡Pobre joven, pobre muchacha! ¿Quién te querrá en este mundo, si yo no te quiero? ¿Quieres unir tu tristeza á mi tristeza, tu miseria á la mía? ¿quieres que suframos juntos y que nos amemos tanto, que lleguemos á olvidar que la naturaleza ha puesto nuestras almas en dos cuerpos desdichados?»—Y de este pensamiento brotó la idea de la novela: el amor, el matrimonio, muchos años de durísimas privaciones, una serie de humillaciones y calamidades que les empujaban al suicidio; luego, las leyes de la naturaleza, una vez más desmentidas, un precioso niño, una flor de hermosura y robustez, y con ese niño toda su miserable vida cambiada; y después de esa encarnación maravillosa, otros niños parecidos, un coro de ángeles, tan inteligentes como bellos, admiración y envidia de todos, una familia de precoces ingenios, de artistas, admirados ya en su adolescencia, y la fama, la riqueza, la gloria, la existencia, transcurriendo como un dorado sueño... Pero abandoné la idea á los pocos días. No eran poéticos, más que como yo en mi imaginación los veía, aquellos dos pobres jóvenes desconocidos, destinados á una vida obscura y trabajosa, pero confortada por un amor profundo. ¿No era mejor que no desnaturalizara con mis invenciones el sentimiento de piadosa simpatía que me inspiraban, acompañada de pensamientos que ennoblecían la humana naturaleza? ¿Para qué reformar ó rehacer por el arte aquella realidad tan triste y tan gentil al propio tiempo? Y arrojé la idea á la fosa común, á donde van á parar los abortos de la fantasía.

*
* *

Volví á mi primera idea una mañana temprano, observando desde la ventana, en la plaza del Estatuto, ya blanca de nieve, los coches de las tres líneas que allí se cruzan, parados, esperando la hora de la salida. La vista de aquellas casitas ambulantes que entre la luz crepuscular se distinguían á través de la nieve, con los colores chillones de los anuncios, y que ofrecían el aspecto extraño y lastimoso de un grupo de barracas de saltimbanquis perdidos en mitad de una estepa, despertó en mí el capricho de bajar y meterme en una después de otra, y de rodar así toda la mañana como un vagabundo, en busca de aventuras. Y como lo pensé lo hice. Los pasajeros subían con los hombros y la cabeza blancos; la nieve caía finísima contra los cristales, y desde adentro se veían las caras de las gentes de una manera tan confusa, á través de aquel velo blanco, que de trecho en trecho el más listo no podía decir en qué parte de Turín se hallaba.

Sí, el recio pisar de los caballos que afirmaban con fuerza los cascos para no resbalar sobre el húmedo suelo, excitados por las voces de los conductores, el ruido confuso de gritos, silbidos, campanillazos, de esquilas y cuernos que sonaban lejos y cerca para avisar los cruces de las líneas, la travesía de la plaza, donde la nieve no había perdido su alba pureza; la masa intrincada de carruajes que se acercaban y huían, eran para mí un espectáculo casi nuevo, que me recordaba aquel placer agudo que el invierno nos produce en la infancia. Luego, cuando espesó la nieve,

las paradas súbitas, la fila de carruajes esperando, llenos de viajeros inmóviles como larvas asustadas; el bajar de cocheros y conductores, para arreglar y dejar expedita la vía; toda aquella agitación de negras sombras fijas sobre la blancura, bajo la lluvia blanca, densa, continua, silenciosa, que apagaba el eco de las voces, de los silbidos, del campanilleo que en todas partes resonaban, todo eso me produjo la impresión de los antiguos viajes en diligencia, llenos de peripecias y de sorpresas que tanto enamoran á los románticos, y me hizo insistir en el propósito del primer día. Sí, un estudio... un libro... «El coche de todos».

Precisamente aquella mañana apareció en plena luz para mí la silueta de «Giors», un cobero de la línea de Vinzaglio, con quien había hablado ya algunas veces y que trababa familiarmente conversación con todos los pasajeros. Aquel tiempo de todos los diablos, que era la pesadilla de los cocheros, parecía haber aumentado el buen humor habitual de Giors. Envuelto en su capotón, calada la gruesa gorra de lana, de color de chocolate, plantado sobre un par de zapatones de cazador, con sus enormes guantes hechos de trozos de cuero, de paño y de punto, recibía de frente la nevada, se removía en la plataforma con una alegría carnavalesca, saludaba con gritos y versos bufos á los cocheros de tranvías que pasaban, y á cada momento tarareaba ó silbaba el *Toreador atento*, de la *Carmen*, que no sabía acabar. ¡Envidiable mozo! La sola idea de la comida bastaba para hacerle feliz. Cada vez que yo hacía un viaje en su coche, volvía á casa con un hambre de cazador alpino. Todos los días, cuando principiaba á estimularle el apetito, se entretenía hablando de delicias gastronómicas y atormentaba á sus colegas con las más insidiosas provocaciones:—¡Y bien! camarada, ¿no te gustaría

un buen plato humeante de cordero, con mucha salsa y mucho queso?—A veces deletreaba los nombres de los comestibles que veía detrás de los aparadores, como hablando solo:—¡Mor-ta-de-lla de Boloña! ¡Sa-lame de Alejandría!—y luego se reía, descubriendo dos hileras de blancos dientes, que resaltaban sobre el sano color tostado del rostro, partido por grandes bigotes negros y brillantes. Afirmaba tener cuarenta años, pero le daban treinta los movimientos rápidos y desembarazados, el aspecto robusto, la voz sonora, la alegría del buen muchacho que chispeaba en sus ojos claros, vivarachísimos y siempre alegres. Era simpático á todos los pasajeros por su buen carácter y por su cortés solicitud en ayudar á subir y bajar á viejos y niños, á enfermos y mujeres, fuese cualquiera su condición, con amabilidad siempre igual y nunca desmentida.

Aquel día me divertí sobremanera. En la plaza de Carlo Felice subió un hortelano con una cesta que á la legua trascendía á trufas blancas. El olor excitó inmediatamente la fibra gastronómica de Giors, que después de lanzar un silbido y de hacer restallar el látigo, hizo girar á un lado y á otro la manivela del freno y empezó á hacer discretas alusiones al «fruto prohibido», lanzando ojeadas de inteligencia á derecha é izquierda, tan pronto á uno como á otro de los pasajeros, contento y entusiasmado, como si aquellas frutas estuvieran destinadas á su mesa. —¡Esto es lo que se llama un buen aroma! ¡Voto va! ¡Aunque fueran esas frutas del huerto del diablo, no olerían mejor!—Y así por el estilo. Afirmaba que el alcalde debería prohibir el transporte de esos tubérculos, que revolucionan un estómago con su olor, sobre todo cuando se tiene un hambre capaz de merendarse una fonda, con fondista y todo. Y para mayor desdicha, guiaba

aquel día un caballo llamado Risotto (1). Con sólo nombrarlo, se le hacía la boca agua.

Acabó de ponerle de buen humor la subida de un caballero, conocido suyo, que le saludó afectuosamente.

—¡Buenos días, Giors! Mal tiempo, ¿eh?

—¡Bah!—replicó Giors.—Es un tiempo que refuerza.

—¿Y qué sirven esta mañana en el «Grand Hôtel» de la Barrera de Francia?

—Arroz y macarrones... con trufas.

Giors vivía con su familia en la Barrera de Francia. Su mujer, á las once, le bajaba el almuerzo, que despachaba en un momento, sentado en el estribo del coche. El «Grand Hôtel» era aquello.

La breve conversación que tuvo con aquel señor esférico, que tenía todas las trazas de un rentista desocupado, me reveló la existencia de un original, de un producto particular de la institución de los tranvías, perteneciente á una familia numerosa, de la cual estoy seguro que no hay lector que no haya conocido algún individuo.

El caballero acarició los caballos y luego preguntó:

—¿Dónde está «Gorrión?»

—Lo han puesto en la línea de Viali—contestó Giors.

—¿Y «Gabriela?»

—Continúa en la enfermería.

—¡Ya! La debilidad nerviosa de las manos. Lo menos estará seis meses sin prestar servicio. ¿Y qué se ha hecho de Ferrari, que no le veo?

—Está en la reserva.

(1) Arroz.

—¿Cuándo ponen en circulación el nuevo coche?

—Lo están barnizando ya.

—¡Toma! Este también se frena mal. No sé cuándo se decidirá la administración á cambiar el sistema de frenos.

Aquello me bastó para reconocer á un «tranviófilo». Cada nuevo servicio público, que representa un adelanto para las ciudades, atrae un cierto número de esos aficionados que se toman interés por su marcha, por sus ganancias, por sus detalles más nimios, como si fuesen accionistas de la compañía concesionaria. Mi vecino era uno de esos aficionados que se saben de memoria el número de coches cerrados y jardineras que tienen en circulación la «Turinesa» y la «Belga»; que conocen el reglamento, la recaudación media diaria de cada línea, el nombre de cincuenta conductores, cocheros y revisores, el apodo, edad, cualidades y vicios de otros tantos caballos; que en sus cotidianos viajes examinan el material, interrogan á los empleados, notan los defectos del servicio, y arriman el hombro si es preciso para volver á los rieles los coches que descarrilan; proponen por carta alguna reforma á la Administración y toman á pecho los intereses de una ú otra empresa, sin otro motivo que una simpatía espontánea, de que no sabrían explicar la causa.

Volvió á bromear con Giors sobre el «Grand Hôtel» de la Barrera y á celebrar sus graciosas respuestas, volviéndose ya á uno, ya otro de los pasajeros, como queriendo decir:

—¿Verdad que es un famoso muchacho este cochero?

Volviéndose luego hacia mí, me dijo bajando la voz:

—Es un buen hombre, créame. Ha sido soldado. Antes de entrar en los tranvías era embalador.

La verdad es que tiene muy buen personal la compañía belga; creo que usted lo habrá observado también. No podemos quejarnos. He estado en el extranjero... en París, en Londres, y le aseguro que en cuanto á personal estamos muy bien servidos, y que era imposible hacer mejor elección... salvo raras excepciones.

Luego añadió sonriendo:

—Los hay de toda especie. No hay personal de otro servicio público que haya pasado por tantos y tan distintos oficios. Con el de una sola compañía se puede poner en pie una sección de la guardia civil de caballería, de carabineros; hay quien es barbero, quien canta *Aida*, quien le imprime un libro, quien le prepara un almuerzo succulento. Hay también marineros y secretarios de Ayuntamiento. Un conductor de la «Belga» se sabe medio Dante de memoria y habla el latín. ¿No es cierto, Giors, que hay un conductor que ha estudiado en la Universidad?

—¡Ya lo creo!—contestó el cochero;—siempre está pensando en las musarañas, y por eso carga con todas las monedas argentinas de bronce que hay en Turín.

* *

Aquel diantre de tranviófilo estuvo á pique de hacerme cambiar nuevamente de plan: tentado estuve de hacer un estudio sobre los empleados tranviarios. El argumento se prestaba á pintar, en un cuadro de vivos colores, la lucha desesperada de los que andan á caza de ínfimos empleos; de los que, advirtiendo que naufragan en todos los puntos y direcciones, se aferran á cuantas tablas

y maderos están á su alcance, dejando uno para coger el otro: se hunden, resurgen de nuevo, vuelven á poner la mano allí donde ya otros la pusieran, y hallan en todas partes cien manos para agarrarse al mismo trozo de leño. La biografía de unos cincuenta cocheros y conductores hubiese resultado una historia maravillosa, y no útil, de familias fulminadas y desmembradas por la desgracia, de pequeños industriales fallidos, de pequeños propietarios arruinados, de pobres diablos transportados sin punto de reposo del cuartel á la oficina, de la oficina á la antecámara, al mostrador, á la portería, á la taberna, á la despensa; lanzados al tranvía, al coche, al carro, al coche fúnebre; diversos entre sí por la educación y la cultura, y en el modo de considerar el propio estado, satisfactorio para unos, transitorio é insoportable para otros; destinados, en gran parte, á nuevas caídas, á nuevas transformaciones y á nuevas aventuras ó desventuras. Me alentaba además á tal especie de estudio la vida rara y extraña de esos hombres que recorren la ciudad todo el año y todos los días sin descanso, comiendo deprisa y corriendo como los soldados en campaña, en contacto con gentes de distintas clases y condiciones, á quienes roza el vestido de las señoras y salpica el vómito del borracho, y se ven obligados de continuo á advertir, á disputar, y á dirimir contiendas, y son espectadores y auditores forzosos de amoríos, discusiones, ridiculeces y miserias infinitas. Y, poseído de tal idea, durante muchos días anduve interrogando á cocheros y conductores...

*
* *

Pero, por aquel mismo tiempo, llamaron mi atención otros personajes que me indujeron á ampliar el campo de mi libro.

Fué el primero una viejecita aldeana, que penetraba en Turín por el tranvía que parte de la Barrera de Francia. Siempre se quedaba en la plataforma, teniendo al lado un saco tieso, lleno de no sé qué, y muy pesado al parecer. Bajaba muchas veces en el cruce de la calle Veinte de Septiembre. Giors la apostrofaba de cuando en cuando como á una antigua conocida:

—*Buenos días, madre.*—Y ella contestaba con un movimiento de cabeza. No desplegaba nunca los labios sino para pedir á los pasajeros que dispensaran la molestia que podía producirles el saco, que cambiaba continuamente de sitio para que incomodase lo menos posible. Era una viejecita pequeñísima, con los brazos extraordinariamente cortos, pobremente vestida, pero muy limpia, con un pañolito de color á la cabeza y una cara humilde y bondadosa. Solía ir muy derecha en un ángulo, con un hombro apoyado en la columnita de hierro que une el techo á la plataforma, la frente inclinada y los ojos fijos en los pies de los vecinos, como meditando. No tan sólo no miraba, sino que parecía no darse cuenta de la presencia de nadie. A veces cerraba los ojos y permanecía así un rato como si durmiera. En la calle de Garibaldi se persignaba al pasar por delante de San Dámaso, de la Trinidad y de los Mártires, ó cuando cruzaba alguna procesión de *Figlie verdi*
Carrozza di tutti.—Tomo I—2

con crucifijo. Era evidente que la absorbía un pensamiento fijo, que tenía siempre delante una imagen triste y lastimosa, un dolor mudo y grave que no buscaba consuelo y que ninguna palabra humana hubiese podido aliviar. Una mañana, una brusca sacudida del tranvía por poco la despidió al arroyo: apenas tuvo tiempo para agarrarse á la barra de la plataforma; pero sobre su rostro moreno y arrugado no pasó ni la más leve sombra de espanto: no la asustaba la muerte, no la dolía la vida. ¿Cuál habría sido su vida? Traté de evocarla, mirándola: sometida al trabajo desde niña, ajada á los veinte años, casada por el cebo de una dote de un palmo de tierra, maltratada, abandonada por los hijos adultos, quedaba sola; después de cincuenta años de trabajo y de miseria, con un viejo ingrato y enfermo... Movíame á profunda piedad. En el ángulo de la calle Veinte de Septiembre bajaba, cargaba el saco sobre la espalda, y doblada bajo su peso, marchaba hacia Porta Palazzo. Vista de espalda en la calle, parecía una niña; tan pequeñita era. Así su vida; una cosa insignificante que casi desaparecía bajo la carga soportada; una sombra pasando entre la demás gente que la rozaba y no la hacía caso. Estudiando su tristeza la última vez que la vi, creí descubrir en ella como una duda ó una esperanza. Me pareció un dolor que esperaba y que un día había de cesar ó de convertirse en otro más hondo aún, en desesperación...

Otro de mis personajes fué una señorita que hallaba unas veces en el tranvía de Martinetto y otras en el de la carrera Vinzaglio, siempre sola. La primera vez que la vi, iba sentada en un ángulo del coche, y su cara se dibujaba de perfil sobre el cristal de la ventanilla, donde campeaba en azul y rojo un anuncio de pastillas pa-

ra la tos. Parecía un rostro de virgen inmaculada fulgurando en las vidrieras de los ventanales de un templo; un rostro tan puro de líneas, tan casto de expresión y de una blancura tan igual y suave, que hubiese atraído las miradas entre diez rostros de monjas, todas bellas. Doblemente maravillado quedé cuando se volvió de frente mostrando dos grandes ojos claros y serenos, que se fijaban un momento sobre los que la miraban, sin dar la más ligera señal de extrañeza, de complacencia, ni de sugestión, como si fueran los ojos de una criatura insensible á las humanas pasiones. Tenía el aspecto de una muchacha que no pudiese caer en el pecado por ignorancia, que no hubiese mudado de aspecto desde la edad de cinco años y á la cual faltara la conciencia del propio sexo; una de aquellas figuras seráficas que no es posible imaginar dedicadas á una ocupación vulgar, á satisfacer una necesidad física, como si del cuerpo humano no tuviesen sino la forma exterior. Experimenté, sin embargo, un desengaño cuando se puso en pie para bajar. Era muy alta, estrecha de espaldas, un cuerpo de niña estirado, y tan grácil y ligero, que un muchacho la habría podido transportar sin esfuerzo. Toda su belleza consistía en la cabeza, coronada por una soberbia cabellera castaña; la naturaleza había esbozado sin amor el resto del cuerpo. Vestía modestamente y con una sencillez severa, como habría vestido una monja obligada á dejar por un día su hábito religioso. Despertó mi curiosidad. Y desde la primera vez que la vi, produjo en mi imaginación una impresión que no se borró en lo sucesivo: «Victoria Colonna muerta», por el pintor Yacovacci. ¿Quién sabe por qué? La vi vestida de blanco, tendida sobre un túmulo, larguísima, envuelta en un velo blanco, coronada de blancas flores, resplandecien-

do á la luz de cuatro hachones, y la llamé para mí «la virgen muerta». ¿Quién sería aquella joven, tan bella y tan singular, y siempre tan sola? Ni la sombra de un pensamiento que no fuese respetuoso me pasó por la imaginación, porque aun cuando se sabe por experiencia que hay rostros que engañan, hay otros que no pueden mentir. Y sentí un agudo deseo de saber, é hice el propósito de descubrir quién era «la virgen muerta»...

Un tercer personaje despertó en mí una curiosidad aun más viva. Una mañana que nevaba, hizo parar el tranvía en la calle de Garibaldi un señor de unos cincuenta años. Iba á subir por la delantera, cuando de repente, al verme, lanzó una ojeada severa y subió por la plataforma. ¡Diablo! Ya otra vez le había visto representar la misma escena; pero no me fijé en ello, porque podía ser una casualidad ó una equivocación. Pero la segunda vez no me cupo duda. Era yo mismo la fuerza repulsiva. Mas, ¿por qué? No le conocía, no recordaba haberle hablado nunca. Es, sin embargo, tan fácil ofender á alguien sin voluntad, ya por una carta poco atenta, ya con un silencio inoportuno, ya de otros mil modos, que rápidamente registré la memoria para ver si así podría haber sucedido. Pero ni en su cara ni en su figura hallé indicio alguno que pudiera guiarme. ¿Sería acaso una antipatía literaria? Aquel buen señor no tenía trazas de dedicarse al cultivo de las bellas letras; no padecía de seguro tal enfermedad: parecía de una profesión que sólo por remotísima concomitancia tuviera algo que ver con la república de las letras. Podía ser un notario, un secretario de una agencia de negocios, un padre de familia serio y reposado; de ninguna manera un literato. Hubo un momento en que, volviendo la cara hacia atrás, cuando

las dos puertas estaban abiertas, vi su mirada fija en mí. Entonces dilató los ojos como bajo imperio de una sorpresa desagradable y volvió bruscamente la cabeza á otra parte... ¡Dios mío! Era una antipatía profunda la que yo inspiraba á aquel hombre, una antipatía de esas que no se extinguen fácilmente. Me hizo daño, á fe mía, porque, aunque ya maduro, soy uno de esos pobres diablos que no saben soportar tranquilamente el odio de nadie. Tomé buena nota de aquella cara por ver si podía descubrir quién era y lograr así, un día ú otro, borrar las causas de aquella antipatía para mí injustificada.

*
* *

Otros y otros personajes se me presentaron por aquellos días. La cosa iba bien. Imaginé en mí presunción que hasta era posible estudiar en el tranvía los efectos de los acontecimientos políticos; pero pronto me persuadí de que tal cosa era punto menos que imposible, teniendo en cuenta la índole especial de los turineses. Por entonces despertaban la pública atención los sucesos que se desarrollaban en la Eritrea, acerca del sitio de Makallé. Es imposible imaginar las exclamaciones y los diálogos que en tales días hubiese podido recoger en los tranvías de Nápoles. En los de Turín no era posible aprovechar nada. Por la mañana leían todos en silencio el *Popolo* ó la *Stampa*, y únicamente los conocidos cambiaban entre sí alguna exclamación. Reparé, sin embargo, en un conductor que seguía con gran entusiasmo el curso de la guerra, y que por sí solo me infundió grandes deseos de escribir un

libro. Estaba una semana en la línea del Martinetto y otra en la de Viali: un muchacho rubio, con los ojos muy vivos y las mejillas hundidas, lo que le daba un aire á Zanardelli. Se llamaba Carlín. Sentía un sacro entusiasmo por la campaña de Africa; aseguraba él mismo que desde que principió era aquella su idea fija, que no le abandonaba un momento. Aguzaba el oído en cuanto los pasajeros hablaban de la guerra, y cuando oía presagios siniestros, hacía gestos de denegación absoluta. Las buenas noticias le regocijaban en grado sumo: «¡Bravo Galliano! ¡Ah, no importa, de todos modos es un honor! ¡Oh, ya veremos!»—Y tenía condiciones de estratégico. Cada mañana repetía una porción de veces que era preciso cogerlos entre dos fuegos, y con el gesto acompañaba las palabras.—«¿Pero por qué no los cogen entre dos fuegos?»—¡Le parecía la cosa más natural del mundo! Y no sabía explicarse por qué no lo hacían.—«No acabaremos nunca—afirmaba,—hasta que no les encerremos entre dos fuegos, y entonces no volverá á su casa ni uno solo de esos negritos.»—También se indignaba contra Francia, por haber leído en algún periódico algún manejo poco franco de nuestros vecinos.—«Hay que darles una lección»—aseguraba. Era un ejemplar maravilloso de atavismo bélico. Su teoría sobre política exterior no podía ser más sencilla. Una palabra sola la expresaba: *darles*. Poco importaba á quién ni cómo. Lo esencial era *darles*. Habiendo oído hablar un día de las depravaciones y asesinatos de Armenia, decía que era preciso enviar allí toda la flota en «veinticuatro horas». Sencilla por demás era para él la cuestión de Oriente. ¡*Bombardearlo todo!* Y con un amplio gesto abrazaba el horizonte entero. Pocos le daban cuerda, porque en Turín los entusiastas hallan apenas eco. Solamente uno de

los pasajeros le contestaba con monosílabos. Era un tipo de búrgués correcto y acomodado, seguro de sí mismo y respetuoso, porque quería que le respetaran; subía todas las mañanas á la misma hora y en el mismo sitio, y Carlín le llamaba «caballero». También este señor estaba destinado á figurar en mi libro. Era la personificación del *Poquita cosa* pacato y comedido. Sentábase cada mañana en un ángulo posterior del coche, y antes que sentarse en otra parte, si el sitio no estaba libre, se quedaba en pie en la plataforma. Apenas se sentaba, con movimientos lentos y acompasados, sacaba del bolsillo la *Gazzetta del Popolo*, la abría con lentitud, leía antes que todo la crónica local, y luego las demás secciones, pero sin cortar nunca las hojas, que doblaba y desplegaba con sumo cuidado, y sin dar nunca señales en su cara de sentir una emoción profunda ni hacer el más leve movimiento de curiosidad, de aprobación ó de fastidio. Llegado á la plaza Castello, sacaba el reloj, siempre con idéntico gesto, y miraba la hora antes de bajar. Un verdadero ciudadano chapado á la antigua, conservado, intacto á través de los tiempos. Era, además, entusiasta defensor de las cosas de la ciudad. Una mañana, viendo cómo un carro subía sobre la acera porque el tranvía ocupaba la calle, hube de decir á un amigo: «¡Vaya, esta vía se va haciendo ya estrecha!» El buen señor levantó los ojos de la *Gazzetta del Popolo*, y volviéndolos hacia mí, pero sin mirarme de frente, murmuró:

—¿Estrecha la calle de Ga-ri bal-di?—Luego volvió á sumirse en su lectura, sonriendo ligeramente de un modo irónico. Toda el alma de los antiguos turineses la había revelado en aquellas cuatro palabras. Me enamoró aquel rasgo, y en mi cartera de apuntes lo dejé anotado.

*
* *

Por aquellos mismos días hice otro descubrimiento que me impulsó á dar mayor colorido á mi trabajo: el descubrimiento (pase la expresión) del «erotismo tranviario», una de las «muchas formas psicológicas de la excitación sensual», que, al decir de Ferrero, es efecto de la menor aptitud que tiene la raza latina respecto de la anglosajona, para el trabajo metódico. Descubrí una casta entera de hombres de todas edades y condiciones, pero particularmente de edad madura y clase acomodada, fácil de reconocer, para los cuales era el tranvía un nido de delicias eróticas para su espíritu, una especie de harén, continuamente renovado, en el cual por los ojos, por el olfato y por los contactos fortuitos, se procuraban mil goces refinados de la imaginación. La verdad es que, respirar como en un saloncito, un aire impregnado de perfumes femeniles, estar sentado durante media hora entre dos señoras hermosas y elegantes que rozan su ropa con la vuestra, sentir el contacto de una rodilla ó un pie, apoyar la mano enguantada sobre el hombro de la que va á perder el equilibrio, y otras cositas parecidas, son ligeras voluptuosidades, de que en ninguna parte es tan fácil gozar como en el «coche de todos». Hay en esta casta de aficionados una variedad grandísima: la de aquellos que buscan un placer casi espiritual en el «gracias» que da una señora á quien se cede el sitio ó á quien se abre la portezuela, se recoge el pañuelo, ó se ayuda á sentar el niño, y la de los que prefieren quedarse en la plataforma en los días de gran

tránsito, porque allí á veces se hacinan hombres y mujeres en revuelta confusión, que permite sentir el contacto de un cuerpo esbelto y joven, cuyos contornos se adivinan á través de la ropa, y tener la cara á dos dedos de la cabellera de una muchacha del pueblo fresca y garrida, de cuyo cuerpo se exhala un perfume de juventud y de vida. Estudiar las costumbres y aficiones de esos «amorosos», en especial de los últimos, desde el palco mímico circulante; observar la simulación de fría indiferencia, ó de calma estóica con que tratan de ocultar su silencioso entusiasmo, advertir el contraste cómico de sus conversaciones políticas con la impresión de sus secretos pensamientos, parecióme una cosa nueva y atractiva. Y en mi cartapacio abrí una columna para los «erotismos tranviarios».

*
* *

Movióme también á escribir, el hecho por mí notado de que puede abrazar y penetrar mucho más la facultad de observación cuando, en vez de esperar, como de costumbre, el reclamo de los objetos, se convierte en una potencia activa que interroga y busca, aguzada por la curiosidad nunca saciada. No tenía aun bien determinado mi propósito, cuando en los últimos días de Enero había reunido una cantidad de observaciones que no hubiera recogido tiempo atrás en mucho tiempo. Algunas de esas observaciones, de orden genérico, me permitían hacer otras muy interesantes. Había observado, por ejemplo, que las señoras y los caballeros se dividen en dos clases respecto al modo de considerar el tranvía: aquellos

que lo han adoptado y se sirven de él sin repugnancia alguna, casi complaciéndose en la inevitable proximidad de clases, y aquellos que lo aprovechan porque no pueden pasar por otro camino, pero que por la razón que á los otros les gusta, les repugna á ellos; que hacen un sacrificio de amor propio cada vez que suben á él y que por mil fugitivos, pero claros signos, demuestran el horror de los contactos populares y el ansia con que esperan el momento de apearse. También había notado, especialmente entre la gente del pueblo, en las mujeres sobre todo, dos grandes familias: la de los desenvueltos, en los cuales es vivo el sentimiento de la igualdad, que se acomodan y hablan recio entre los señoritos como en casa propia, no avergonzándose, sino antes haciendo ostentación de sus trajes; y la de los tímidos, mozos y muchachas por regla general, que entran humildes y pacatos como en casa ajena, cuidadosos de su compostura y movimientos, que parecen sentados, mirando sus rodillas, y esperan, para bajar, que otro tire de la campanilla, á fin de no llamar sobre ellos la atención. También pude advertir entre los pasajeros de todas las clases, una división notabilísima: la de aquellos que no sienten curiosidad alguna por sus semejantes, que permanecen con los ojos adormilados, sin mirar jamás quienes entran y quienes salen, como si estuviesen hartos del espectáculo de la existencia, y ningún rostro humano tuviera mayor significación para ellos que una máscara de piedra; y la de los curiosos impenitentes, que revuelven los ojos de uno á otro punto, atentos á los gestos y palabras de los vecinos, con la viveza evidente de un pensamiento que escruta, adivina y comenta, como si cada desconocido que entra en el carruaje entrara también de golpe en el curso de su existencia, y debiera ejercer influjo en su destino... Y otras mil

cosas observé durante esos días, maravillándome de no haberlas observado antes, como si entre mis compañeros y yo hubiese habido un velo que en aquella ocasión se desgarraba. ¡Cuánta escena muda, cuántos juegos de fisonomía y cuántas manifestaciones involuntarias de ideas y de sentimientos íntimos entre aquellos que no se conocen, que se ven y se tocan por un momento y que quizás no volverán jamás á hallarse en contacto en la vida! ¡Qué rayo de luz brilla en los ojos de la muchacha pobre, pero bella y de opulentas formas, cuando está enfrente de la señora elegante y rica, pero de lastimoso aspecto! ¡Qué sombra pasa por el rostro de la señora á la moda, reina del tranvía por cinco minutos, cuando entra otra elegantísima que desvía de ella y llama hacia sí todas las miradas, y se siente enfrente, victoriosa, hollando con el pie la corona caída! ¡Cuántas cosas dicen los ojos de la solterona apergaminada, cuando contempla á su lado ó enfrente á una robusta aldeana, coloradota y fresca, que abraza y protege á un angelote mofletudo que chupa con delicia el jugo de sus entrañas! ¡Qué rápido y expresivo cambio de miradas y sonrisas entre los pasajeros cuando entra en el coche el alcalde, á quien todo el mundo conoce, y no halla sitio sino al lado del mísero empleado municipal, cuya gorra prégona su oficio; ó cuando una hetera pintada, petulante, desenvuelta, que á la primera mirada se reconoce, se sienta junto á una pobre monja que pasa las cuentas del rosario con la cabeza inclinada sobre el pecho; ó cuando un muchacho atildado que tomó una postura conquistadora enfrente de una elegante dama, ve que ésta baja de repente y ocupa su sitio un anciano decrepito y no muy limpio, con un lío enorme entre los brazos! Como entre los cuadros disolventes, muda de aspecto la decoración á cada instante. Durante

un rato predomina el bello sexo señoril y compues-
to, que esparce suave aroma de esencias y violetas;
luego se disuelve aquella reunión y se forma otra
de gentes del pueblo, obreros, revendedoras de
mercados, criadas de servicio; después parece el
coche una sala de Maternidad: cinco ó seis arra-
piezos corren, se encaraman, chillan, no paran ni
un momento y chupan y mascan con delicia ya
un trozo de pan, ya un caramelo; diez minutos
después, la escena cambia de nuevo: aparece una
serie de señoras de edad madura, ó de ancianos
barbudos, bien trajeados, que consultan los apun-
tes de su cartera y discuten notas y cifras como
en una sala de contratación. Y resaltando sobre el
cuadro móvil de esas escenas, se advierten figu-
ras que pasan á su vez y son substituídas antes
de borrarse aquéllas: tan pronto aparece un ofi-
cial de gala, como un sacerdote que lee el bre-
viario, ó una señora con un gran ramo de flores,
ó un adepto de Baco que habla de sí mismo, ó un
enfermo que languidece, ó un aldeano que duerme.
Es, en suma, un coche público, la imagen reducida
de la sociedad humana, como ésta llena de pom-
pas y miserias, con su perpetuo séquito de envi-
dias, desprecios y simpatías, donde uno sale cuan-
do otro entra, baja aquél para que suba otro; en
que uno se apea en mitad del trayecto y otro
lo recorre por completo; quien no encuentra sitio,
quien ocupa demasiado; unos se lo disputan á
los otros; aquellos ríen, estos lloran y todos por
llegar tienen prisa, y el vehículo que lleva á toda
esta gente, corre, corre, corre sin cesar

«para volver al punto de partida.»

*
* *

Al llegar aquí, el libro se me presentó clara
y lúcidamente en el pensamiento: escribir lo que
observaba en el tranvía. día por día, durante un
año, pintando los personajes más notables que ha-
había visto á menudo, presentar las relaciones y
acciones que unas sobre otras ejercen las distin-
tas clases sociales, sin forzar la verdad bajo nin-
gún concepto; retratar, en suma, lo más fielmen-
te posible aquellas varias comedias humanas, es-
parcidas por quince larguísimas líneas que, cru-
zándose en cien puntos, constituyen, en el movi-
miento de la vida de la ciudad, una circulación
más rápida, y por decirlo así, una vida que vue-
la por encima de aquella de los pueblos que an-
dan. Pero de concebir el designio á comenzar re-
sultadamente el trabajo, hay un paso que en al-
gunas ocasiones no llega á darse nunca. A darlo
contribuye muchas veces el último impulso, un
pequeño accidente, que es como la chispa que
prende fuego á un gran castillo pirotécnico de
antemano preparado.

Este pequeño incidente me ocurrió el último día
de Enero, cerca del anochecer, en la línea de la
carrera Vinzaglio. El carruaje estaba lleno. En
la carrera Victorio Emanuele, subió y quedóse de
pie en la plataforma delantera una mujer del pue-
blo, que tendría unos treinta años; iba pobremen-
te vestida y llevaba en brazos una bellísima niña
rubia de nueve á diez meses: En tanto que ella
estaba vuelta hacia los caballos, la niña, apoyada
sobre sus hombros, miraba hacia el interior del
carruaje por una de las ventanillas, junto á la

cual, en un ángulo interior del coche, estaba sentada una señora joven que ya había visto yo otras veces en aquel trayecto, y que por su rostro, por el modo de vestir y por el continente especial de su persona, había llamado mi atención. Era pequeña, pero hermosa; ojos grandes, oscuros y centelleantes, un rostro moreno lleno de salud y vida, en el que se marcaban las huellas de una bondad grave, inquieta y ardiente como la de una hermana de la caridad en el campo de batalla: había notado que, cuando hablaba, de vez en cuando, parecía subir á su rostro una oleada de sangre, hinchando las venas de su cuello y agitándose su pecho con violencia, como si la fuerza de las pasiones estuviese próxima á estallar.

Vestía con esmero, pero con gran sencillez, resaltando más su modestia por la elegancia de la niñera que iba con ella. Tenía en aquel momento sobre sus rodillas un niño de poco más de un año, lujosamente y con mucho gusto vestido, moreno como la madre y como ésta de grandes ojos oscuros, el cual tenía apoyadas la frente y las manos sobre el cristal de la ventanilla.

El niño y la niña se vieron, y acercaron sus rostros, separados únicamente por el espesor del cristal.

No parecía sino que acabaran de reconocerse, después de haberse inútilmente buscado durante largo tiempo. No es raro el caso entre niños de esa edad; pero una escena tan hermosa y conmovedora no la había presenciado nunca. Empezaron por sonreirse, luego rieron y tendieron sus manecitas y brazos. La niña, encaramándose sobre la espalda de su madre, el niño poniéndose de puntillas, ambos pugnaban por separar el cristal, que impedía acercar sus rostros como deseaban; uno y otra trataron de escapar de las manos de sus respectivas madres, y excitados por

aquella mímica amorosa, se agitaban y reían cada vez con más fuerza, mostrando los diminutos dientes y golpeando el cristal de la ventanilla con tal furia, é intentando lanzarse uno hacia la otra con tal vivacidad, que las dos madres tuvieron que esforzarse para sujetarles y evitar que no se cayeran ó se lastimaran con el cristal de la ventanilla. Todos los pasajeros que se hallaban dentro del carruaje, se miraron sonriendo, encantados de aquella expansión irrefrenable de simpatía y de júbilo.

De repente, la señora se puso en pie, abrió la puerta con mano vigorosa, y saliendo á la plataforma, aproximó el niño á la niña, que la esperaba con los bracitos tendidos. Querían besarse, pero no sabían; se pusieron las manos sobre las cabezas y alrededor del cuello, apretándose las caritas una á otra, y con tal fuerza se estrecharon, que por un momento parecían las dos angelicales criaturas formar un solo cuerpo con dos cabezas, vestido por mitad, de pobre y rico á la vez.

—¡Diablo!—exclamó Giors, fustigando á los caballos después de haber contemplado tan interesante escena.—Esos demonios de chiquillos están dándome dentera.

Y volviéndose hacia mí, dijo en tono humorístico:

—¿A esa edad y en pleno tranvía?

El pobre Giors restalló con fuerza el látigo, soltando una carcajada; pero pude observar, á través de aquella alegría, que sus ojos estaban humedecidos por dos gruesas lágrimas, á punto de rodar sobre su curtido rostro.

—He aquí mi libro—pensé.